

lio se levantó, media hora después, con el propósito de marcharse.

—¿Tan pronto, amigo mío?

—Es tarde ya—repuso, mientras ella le acompañaba por el corredor sumido en tinieblas—. Sólo he querido venir á decirle adiós, y ponerme á sus órdenes.

Nita, maquinalmente, púsole su mano sobre el hombro, una mano estremecida por la sorpresa.

—¿Cómo? ¿Se marcha usted?

—Sí, á España. Los pobres viejos me llaman, y es preciso ir á verles. Pero volveré, volveré pronto...

No respondió ella luego; al cabo Eslava hubo de percibir su voz, en la que creía adivinar temblor de llanto:

—¡Oh, no; quién sabe!

Y no tuvo valor para agregar una palabra más. Cuando él estrechaba con efusión sus manos, Nita estalló en lágrimas. Era el suyo un llanto apacible y doloroso. El amigo la abrazó, no sintiéndose capaz de consolarla.

Un momento más tarde, separáronse.

—Adiós, Nita. Tenga usted serenidad, valentía. Pienso que á los tristes les llega su hora. Hay que sonreír á la esperanza...

Sus palabras se fueron debilitando á medida que bajaba la escalera.

—Adiós.

—Adiós... y buen viaje.

Quedó inmóvil, extática, mirando fijamente las sombras entre las cuales se desvaneciera la silueta del amigo. No tenía ya lágrimas. Sólo la restaba la sensación cruel, punzante, de algo de su pasada dicha que se iba para no volver nunca...

III

El tren desapareció en la penumbra gris del crepúsculo, dejando tras sí una nubecilla de humo negruzco que flotó por un instante en el ambiente tranquilo, sin un soplo de aire, sin una racha, y se desvaneció luego.

Villaescusa permanecía aún de pie en el andén, inmóvil, como atontado. Acababa de dar el último abrazo á Julio Eslava. Y si bien es cierto que las relaciones entre ambos se enfriaron un tanto de meses atrás, no por ello el joven novelista dejaba de ver en el amigo ausente ya al noble compañero de lances literarios, al mentor de su primera juventud que se marchase quizás para siempre. ¡Uno más que se iba! ¡Uno menos con quien contar en azarada lucha! Julio traía á su memoria recuerdos mustios que, semejantes á las hojas secas de un jardín en otro tiempo bien amado, revoloteaban, huían, produciendo un leve susurro en su cerebro hueco, vacío, agotado por mil emociones; dejándole la impresión de algo muerto que en vano intentase revivir.

Aun creía escuchar las últimas palabras del viajero: «Amala mucho; es buena; ella te hará feliz.» Y por más que se empeñase, nunca lograría revivir el amor pasado: ni siquiera la esperanza de tornar á él. Lejos de consolarle en la amargura de sus días aquellas frases, dejáronle, después de la natural inquietud, un sedimento de desconsuelo.

Volvió el rostro pensativo hacia el Norte, ensombrecido ya por la noche. El silbato de la locomotora dejó oír su vibración atenuada por la distancia. Contempló el ocaso, teñido de ocre, donde momentos antes se ocul-

tara el sol. Miró en torno: hallábase solo en el andén; un arbolillo que no lejos crecía, dibujaba su anémica ramazón en el fondo grisáceo de un muro; luces rojas, inmóviles á lo largo de la vía, ó bailoteando á ras del suelo, rasgaban la obscuridad naciente. Y entonces dióse cuenta de que nada tenía que hacer ahí, y se dispuso á salir, con mesurado paso, envuelto en el grueso gabán, enguantadas las manos, echado hacia atrás el sombrero hongo, á fin de refrescar la ardorosa frente en la honda de aire glacial que comenzaba á soplar.

No bien estuvo en la calle, la emoción de la despedida se fué borrando lentamente. Desaparecieron los pensamientos que evocara; el amor de Nita; la tranquilidad de su existencia confiada al espíritu de la musa; la soledad de su casa perdida en un rincón del pueblo... Imposible remediarlo. La alegría, alegría apacible, serena, propia de un temperamento de suyo inclinado á la tristeza, tornaba á poseerle, como le poseyera por la mañana, cuando, después del baile ofrecido por don Luis Zayas para festejar el cumpleaños de la hija única, percibiendo aún el perfume de ella, embriagándose sin verlos en la mirada de sus ojos, y sintiendo la dulce presión de sus dedos y la flexibilidad de su talle, que enlazara momentos antes, arrebatado por el ritmo amoroso del vals, vió sonreír la aurora en el orto.

Monologando por las calles, que despertaban á la vida nocturna, experimentaba singular encanto al traer á su mente los detalles de la fiesta. Los transeuntes veíanle pasar con andares inciertos, metidas las manos en los bolsillos, la cabeza baja. ¡Había sido tan dichoso! Primero le sobrecogió la timidez, el miedo que no conseguía reprimir, no obstante su ya larga experiencia, al entrar en una mansión de holgorio... la escalinata, alfombrada, aparecíasele luciendo plantas exóticas cuajadas de flores que se dijeran de raso por lo tersas; la escalinata poblada de mil desconocidos aromas desde la cual escuchó el rumor confuso de la fiesta, motivos de vals, charloteos perdidos... Subyugábanle las visiones sucesivas del salón, deslumbrante de mujeres bellas que reían ó cuchicheaban tras de los abanicos, y recorrido á menudo

por las personalidades más reputadas «en la banca, en el periodismo y en la política»—como rezaba *El Siglo* en la reseña—; del comedor constelado de focillos multicolores, que brindaba al goloso las más ricas viandas; de los corredores, donde una juventud bulliciosa y alborotadora fumaba; del jardín de invierno, que parecía recibir un hálito de tibieza por las ventanas abiertas de la fachada... Todo aquello, todo, en la imaginación de Villaescusa con un colorido fantástico.

Pero si vivo restaba el recuerdo del baile, más lo era aún el de María Luisa. La añoranza de su cabellera blonda, de sus labios rojos, de su ondulado talle que desparramaba en torno aromas errantes, superaba á todas las visiones. Aquel baile era como un paréntesis abierto en sus días de zozobra. Mirando el cielo, del cual desaparecieran poco antes las últimas irisaciones del crepúsculo, echaba de menos los instantes que pasó á su lado. Hasta entonces la señorita Zayas le dió muestras de una amistad amorosa, que quizás el tiempo y los sucesos futuros inclinaran del lado de la pasión. Rememoraba sus palábras, sus gestos, los parabienes de los amigos al ver más claro su triunfo, las sonrisas de Enriqueta Marín y la cara de vinagre del señorito Riera.

¿Sería verdad? ¿No era lógico atribuir la actitud de María Luisa á uno de tantos caprichos?

Inclinábase Mauricio á creer lo primero. Tenía necesidad de creerlo. Su amor callado hubo de acrecer con el transcurso de los días, robándole el poco discernimiento que le quedase para juzgar de hombres y cosas. Mas no bien daba por alcanzado el triunfo, se ofrecían á sus ojos las dificultades para hacerle práctico. Cierto que el director de *El Siglo* tenía humos de aristocracia; mas á éstos superaba con creces su *pose* de hombre intelectual, que en más aprecia el talento que el oro. El obstáculo, el grande y terrible obstáculo, era doña Luciana, la cual nunca habría de consentir de buen grado en el enlace de su hija con un obrero del periodismo.

Cavilando en estas cosas y otras muchas más, llegó á la redacción. Reinaba en ella el movimiento propio de la hora. Momentos antes había salido de la prensa la

tercera edición de la tarde, y ya preparábase la matinal siguiente. Inclínados sobre largas mesas, los reporteros garrapateaban descomunales cuartillas; el jefe de redacción daba órdenes; entraban y salían los correctores con las pruebas frescas en la mano; y allá abajo, como venido de muy lejos, dejábase oír el rumor sordo de las máquinas.

—¡Hola, Villaescusa!—exclamó Conti, yendo á saludarle no bien entró. Luego, llamándole aparte, con un guiñar de ojos á través de los lentes que desfiguraba su rostro flaco y amarillento de vividor, le dijo:—El director te llama. Hace una hora preguntaba por ti. Eso me huele á cosa buena. Mis felicitaciones, viejo...

Y sin añadir palabra, empujóle hacia la puerta.

Titubeó Mauricio antes de decidirse á franquear el pasillo que conducía al despacho del director, el cual se hallaba al fondo de la antesala, cuya entrada veíase al final de dos hileras de puertas que daban acceso á las otras dependencias del periódico. Agitando nerviosamente su bastón, detúvose indeciso, ignorando el partido que debiera tomar. ¿Se habría enterado don Luis de sus manejos con la señorita Zayas? ¿Sería reprimenda lo que iba á echarle, ó le despediría de la casa? Algo le aterrizaron semejantes pensamientos, á él, pigmeo en la lucha por la vida. Mas venciendo temores y hasta consolándose con aquellas sus reflexiones optimistas en los trances amargos, encaminóse á la dirección.

Era lunes y la antesala estaba pletórica de visitantes: mujeres pobres, que esperaban con gesto humilde; periodistas desastrados que iban en pos de un empleo; negociantes de aspecto sospechoso que aguardaban sin duda órdenes para algunas de las combinaciones mineras en que andaba metido don Luis. En un rincón, dos caballeros de luengas levitas negras, que á juzgar por lo mucho que discutían en voz baja y por la viveza de sus ademanes dijéranse políticos, se volvían á menudo impacientes hacia la puerta misteriosamente cerrada. Todos ellos se quedaron absortos al observar que Villaescusa cruzaba el recinto discretamente iluminado por el claror de la araña que pendía del pecho, y después de

un «¡Hola, Benito!», dicho al conserje, colábase en el despacho.

Cerró tras sí la puerta, deslizándose sobre la mullida alfombra hasta el extremo opuesto, en donde se puso á mirar, distraído, los títulos de los volúmenes alineados en los estantes. Don Luis Zayas, arrellanado en el sillón del escritorio, conferenciaba entonces con un señor anciano, de hermosa cabellera gris y correcta vestimenta. De seguro tratábase de negocio importantísimo, porque apenas si el jefe se dió cuenta de la entrada de su redactor, y hasta los oídos del novelista llegaban cifras perdidas, fragmentos de frases dichas en voz alta, cuchicheos. En espera de que terminasen, Villaescusa paseó sus miradas por aquella habitación de grandes cortinajes de damasco rojo, rodeada de librerías de finísima caoba, seria, suntuosa, como de alto funcionario, sobre la cual caía la luz apaciblemente, desde el brazo de bronce de la estatua erguida en uno de los ángulos, sustentando un haz de globos eléctricos. Esparcía el calorífero tibias ondas que tornaban cálido el ambiente, y el silencio parecía más grave con el atenuado rumor de las máquinas lejanas. En el lienzo de pared que limitaban los vanos de dos balcones, hallábase un retrato al óleo encuadrado en soberbio marco. Era del mismísimo don Luis, quien, aun en ausencia, reinaba entre los cuatro muros de aquel recinto.

Mirábalo el poeta á la par que al modelo, y una punzadora ironía rebosaba en sus ojos al considerar á aquel hombrecillo rechoncho, cargado de espaldas y corto de piernas, de reluciente calva y grises patillas, por el cual nadie diera una peseta veinte años atrás, y que ahora se imponía á grandes y pequeños y era un personaje cuya ayuda imploraban todos, no sólo en el terreno periodístico, sino también en el político. ¡Qué sarcasmos del destino, y qué girar de esta rueda de la fortuna que se llama vida! El, hijo de gran familia, dotado de juventud y de talento, atendía respetuoso á que el grande hombre despachase sus asuntos y viniese á tenderle la protectora mano...

Sumido se hallaba en meditaciones tales cuando el

vejete se puso en pie y salió acompañado hasta la puerta por el director de *El Siglo*.

—¡Hombre! Creí que no vendría usted—le dijo poco después don Luis dándole cariñosas palmaditas en el hombro—. Siéntese, que tenemos asuntos serios y muy graves de que tratar.

Le mostró la silla que abandonara el visitante y oprimió en seguida el botón del llamador.

—¿Todavía faltan muchos?—preguntó al conserje, que presto hubo de acudir.

—Algunos, sí señor. Entre ellos hay dos señoras que, según me dicen, tienen mucho interés en ver á usted.

Don Luis Zayas quedó perplejo.

—Dos señoras... ¿Quiénes serán?... ¿De chal ó de sombrero.

—De chal, señor director.

—Dígame usted que no recibo—dijo encogiéndose de hombros, y añadiendo á continuación:—¿Pero nadie más?

—Los señores diputados que vinieron ayer.

Don Luis se rascó la cabeza. ¡Caracoles! No le dejaban un momento libre. ¡Como si él no tuviera asuntos más importantes que los ajenos!

—¿Les despido?—murmuró el conserje.

—¡Cómo que les despido! No señor: les dice usted que tengan la bondad de esperar media hora y seré con ellos.

Ya tranquilo, tomó asiento en la amplia butaca; hurgóse las patillas, encendió un puro, y fijando sus ojillos vivarachos en el semblante asaz intringado de Villacusa, procedió á hablar.

—Supongo que no es usted de los que creen que los directores de periódico, por el hecho de serlo, están obligados á escribir; y que, si no escriben, no son periodistas...

Mauricio asintió, sonriente, como si un peso abrumador le hubiesen quitado de encima.

—Ya lo esperaba—dijo don Luis satisfecho, y por eso le llamó.

Luego, carraspeando mientras cruzaba las cortisimas piernas, prosiguió:

—Pues bien; yo soy de esos que no escriben porque carecen de tiempo ó no quieren, y esto simplemente me ha acarreado no pocos disgustos con gente ingrata que comió el pan de mi casa, yendo á denigrarme más tarde á la ajena, llamándome explotador, editor sin cultura ni entrañas; disecador de cerebros y otro cúmulo de lindzas que usted conoce...

Poco á poco iba alzando la voz. Era por naturaleza irritable, y los ataques le sacaban de quicio, por más que fuesen justos. El considerábase escritor, aunque nunca hubiese llenado una cuartilla, como no fuera para reclamos comerciales de su diario; y se consideraba porque sí, porque el simple hecho de propagarles, parecía darle la preeminencia sobre los intelectuales que le rodearon en todo tiempo.

—¡No soy un desconocido en el periodismo, no señor! Yo comencé mi carrera en *El Monitor Republicano*, y me he codeado con gente de valía, junto á la cual la de hoy es pigmea. Altamirano me hablaba de tú y no pocas fueron las comilonas á que asistí con el general Riva Palacio. ¡Bestias! Creen herirme, y no lo consiguen; ¡ya lo creo que no lo consiguen!

Manoteaba; su faz enrojecía por instantes; temblaban las patillas y el saliente labio inferior agitábase convulso. A cada frase, su diestra caía sobre los papeles esparcidos sobre la carpeta, como ave de presa, revelando todo el burgués orgullo, toda la altanería de *parvenu* que cegaba á tal punto al ilustre director de *El Siglo*, que le hacía olvidar que si estuvo en *El Monitor*, fué en la administración, haciendo números; que el tuteo del señor Altamirano más olía á desdén que á simpatía; y que si el general le trataba, era para darle bromas inolvidables, de que solían hoy acordarse sus colegas de entonces. No alcanzaba á comprender que su encumbramiento debíeráse no á su valer propio, no á su cerebro, jamás estremecido por los grandes choques del pensar, sino á su criterio flexible y plegadizo, que sabía acomodarse á los sucesos; al barniz de cultura—en ocasiones más agradable al vulgo que la cultura misma—, que le era peculiar; á la manga ancha que

había presidido sus actos de publicista; á circunstancias políticas de que supo aprovecharse, y en suma, al ventajoso matrimonio que realizara, veintitrés años antes, con la entonces ya madura señorita doña Luciana Vélez, su actual consorte.

Mauricio Villaescusa ofale asombrado, ignorando adónde irían á parar tan campanudas alabanzas, cuando el grande hombre, cogiendo de encima de la mesa un periódico, le interrogó:

—¿Ha visto usted el último número de *El decidor de verdades*?

—No, don Luis.

—Pues véalo usted...

Y ante los ojos del joven se destacó, de la primera página, una caricatura de grandes dimensiones, la cual, con el título de *Intelectos gordos*, representaba á su director, de pie en un montón de talegas, con *El Siglo* en la mano, y como alabándose de lo en él escrito, en tanto que una turba astrosa de periodistas le miraba, recogiendo ávida las tortas de pan que les arrojase y escuchando con asombro los aplausos que una multitud lejana prodigaba al triunfador.

Ganae le dieron á Mauricio de reir, pero se contuvo.

—El insulto, como usted ve, es grosero en extremo —añadió el señor Zayas—. Y yo necesito forzosamente contestar á este y otros muchos que se me han dirigido, de la manera propia de hombres de mi temple; es decir, lanzando á la publicidad un libro que tengo en proyecto... Y aquí entramos de lleno en la cuestión.

—Bueno —insinuó Villaescusa—. Creo adivinar el asunto: usted me llama para escribir el libro, ¿no es verdad?

—No señor; se equivoca usted de medio á medio. Yo no necesito de nadie para escribirlo, en el buen sentido del vocablo, que, para eso, me basto y me sobro.

—Perfectamente...

—He reunido observaciones para un estudio que se titulará *La evolución del periodismo*, y deseo nada más que usted, bajo mi dirección, se ocupe de escribirlo. Mis quehaceres son harto numerosos para que yo em-

prenda tal faena, y he menester de un colaborador material; ¿entiende usted? aunque inteligente, que me preste su ayuda. Me he fijado en usted para este asunto, porque es un muchacho que promete mucho, y además, lo suficiente reservado y honorable para no hacer pública mi idea y jactarse de la paternidad de ella, porque el autor único soy y seré yo, y nadie más que yo.

Villaescusa pensó negarse en redondo. Aquello era abdicar de su personalidad; satisfacer con su propio talento la ambición de un estulto; llegar al servilismo literario. Mas venciendo repugnancias, no bien columbró en su mente el fino perfil de la amada, á la cual no podría llegar nunca, fiado en sus circunstancias actuales, tendió la mano al viejo, diciendo:

—Cuenta usted conmigo.

Cuando momentos más tarde abandonó el despacho, sentía la embriaguez de un júbilo infinito. Era la vida nueva, la ansiada vida nueva que se ofrecía; la puerta de una mansión de ensueño que giraba, dejándole libre el paso.

Franqueó la verja de la casa de la calle de Rosales á la mañana siguiente, con un libro bajo del brazo. Era una mañana gris y fría. Al atravesar la glorieta de Carlos IV, un remolino de hojas, de hojas secas, de hojas amarillentas, de hojas muertas que desde el Paseo de la Reforma arrastraba el viento, le envolvió. Pero ni la queja dulce de las hojas, ni la opacidad del cielo, ni aquel sutil airecillo que sumía en pesada somnolencia las regias mansiones, extrañas aún á la cotidiana actividad en aquel rincón de barrio aristocrático, fueron bastantes á conmoverle, á borrar de su ánimo la impresión de alegría que perdurase en él desde por la noche.

En el jardín observábase el mismo espectáculo de desolación que en la calle. Festones de seca hierba, de un color de oro viejo, descendían desde las altas ventanas. Susurraba la fuente. Las últimas hojas desprendíanse y flotaban un instante, mecidas por el viento, para caer luego sobre los prados marchitos.

Maria Luisa en persona le recibió. Estaba adorable-

mente rubia, envuelta en un traje gris de invierno, que hacía más blanca su blancura.

—¡Es milagroso! ¡Usted en pie, tan temprano!—dijo el novelista, tendiéndole la diestra.

—¡Válgame, Mauricio; si son las ocho!

—Las ocho, sí. Justamente la hora de reposo de los aristócratas.

Encantábanla que la llamasen aristócrata. Pero aquella vez hubo de hacer una mueca de desagrado jovial.

—¿Cuándo se les quitará de la cabeza á ustedes, los novelistas de aquí y de todas partes, que nosotras somos una turba de gente perezosa?

—No; si no lo decía por usted. Ya veo que es la señorita María Luisa una excepción. ¡Deliciosa excepción, por cierto!

—Vaya, cálese, bromista.

Y por sus ojos pasó una mirada de agradecimiento.

Condújole á su propio estudio. Papá quería que el trabajo se hiciera con perfecto sigilo. En mitad de la habitación habíase colocado una mesa sobre la cual se hallaban colecciones completas de *El Siglo* y otros periódicos, cuartillas, y los menesteres necesarios para dar comienzo á una tarea de la magnitud de la que en breve emprendería Mauricio, amén de un cuadernucho conteniendo los tan cacareados datos, que no eran más, bien visto, que anotaciones estadísticas.

Despojóse Villaescusa del gabán, y frotándose las manos, tendió una mirada en derredor. Era el mismo cuartito adorable, tapizado de azul, donde tantas veces charló con ella. Cada uno de aquellos objetos, de aquellos muebles, tenía para Mauricio algo de ella, de su aroma errante, de la voluptuosa laxitud de sus pupilas, de la suavidad de sus manos: el biombo japonés de bambú, con lindos bordados de seda, representando pájaros y flores exóticos; el secreter de caoba, con finas incrustaciones de concha; las estatuillas de bronce que sobre columnas se erguían; los cortinajes blancos; la palma de delgadas hojas que en un tabor chinesco estaba, matizando de tenue verde el pálido tinte del papel

tapiz. Sentíase dichoso, porque ahí, junto á aquellas cosas, la respiraba, embriagábase en su hálito, la sentía vivir. Y tan absorto estaba en su contemplación, que la moza hubo de interrogarle sonriente:

—Pero ¿qué le pasa á usted?

—¡Oh! Cuando entro aquí, sueño. Me sobrecoge una alegría tan grande, tan grande... Pensaba en usted.

María Luisa se sonrojó levemente.

—¿En mí?

—Sí, en usted.

Callaron los dos. La joven, apoyada una de sus manos en la columnata que sustentaba la planta, dejaba errar sus ojos por el cielo gris. El poeta había ocupado lentamente su sitio ante la mesa. Experimentábase la sensación viva del silencio, apenas turbado por el ruido exterior, á aquellas horas tan leve.

Y por primera vez la vió Mauricio triste. ¡Quién sabe qué ocultara dentro de sus exterioridades mundanas aquella alma hasta entonces para él tan compleja! La conocía elegante, atractiva; había admirado su sonrisa de dulce frivolidad; había sentido el poder de su seducción, la gracia de sus pupilas, más despiertas que soñadoras, más traviesas que amantes. Pero nunca hubo de sorprenderla súbitamente triste, con un bello gesto de melancolía, como aquella mañana de Diciembre en que nada decían á sus oídos las hojas mustias y el cielo nebuloso; en que no pensara sino en el amor y una esperanza muy leve de triunfo le estremeciese.

—¡Pobre amigo!—murmuró ella volviéndose de pronto, al ver que ponía en orden las cuartillas—. ¡A lo que va usted á entregarse! ¡Cuánto mejor sería que las horas que perderá escribiendo algo insulso las dedicara á componer novelas!... Pero ¡qué quiere usted! Cosas de papá...

Villaescusa movió la cabeza. Luego, sonriendo de modo significativo, repuso:

—¡Oh! no importa... A veces escribimos novelas viéndolas...

—¿Sí?... Y diga usted, ¿cómo hacen los artistas para verlo todo de una manera tan precisa que la sensación

de lo que ven la transmiten justa, íntegra, á los que leen?

Era curiosa. Nacida en un medio de relativa intelectualidad, educada desde su niñez entre el ir y venir de redactores y cajistas, en una atmósfera impregnada de tinta fresca, donde el pensamiento no se estancara nunca, viviendo una vida de constante renovación, sentía un atractivo casi inconsciente por el arte, una predilección marcadísima por las letras y los que las cultivaban, siempre que éstos no fueran plebeyos de ideas ni de costumbres. Atenuaba un tanto aquella inclinación la monomanía aristocrática aprendida de su madre; aquel humillo de orgullo que se la subiera á la cabeza á medida que la posición de sus padres adquiría más notoriedad social y pecuniaria. Y aunque nunca su familia hubiese logrado penetrar en la aristocracia—conjunto de personas que no por los títulos, aunque sí por la vetustez del apellido y el oro por tal se tenía—, considerábase dentro de ella, alimentando, sin embargo, un profundo rencor hacia los aristócratas.

Jamás llegó á prestar oídos á las insinuaciones de señoritos como Gastón Riera. Considerábase tontos, inferiores á ella, que hubo de recibir una educación brillante, y tenía por refinadamente intelectual, como lo demostraba su amor á los libros, á los cuadros, de cuyas anuales exposiciones era asidua visitante, y á la buena música, que sabía interpretar con sobrada discreción. Y es por ello por lo que Mauricio Villaescusa, no bien triunfó, la sedujo, sin que se diese cuenta, sin que comprendiera, si no es hasta muy tarde, que sus insinuaciones hacia él pasaban los límites de la simple amistad. Gustábala, en primer lugar, por la figura. De un temperamento ardoroso, aunque estuviese provista de cierta espiritualidad, sus ojos deteníanse con fruición en aquella juventud rubia, así como su pensamiento se deleitaba escarceando en torno á la producción literaria del autor de *Dos almas*. Varias veces se reprochó á sí misma tal afición. Mauricio no era rico ni ocupaba un elevado puesto; además, había olfateado con el fino olfato de la moza próxima á enamorarse, desconfiada, que no gusta de

entregar su vida al misterio de otra vida, que Mauricio tenía relaciones íntimas con alguna mujer. Ocasión hubo en que tratase de arrancar la verdad al poeta, mas éste mantúvose firme en su negativa. Azares de la vida diaria vinieron, sin embargo, á revelárselo; y ella, contra lo que esperaba, no sintió una rebelación de su alma y de sus nervios contra la rival, sino cierta hartura de amor propio al conocer que predominaba sobre la otra, y que aquel hombre no era un novicio en materia amorosa.

Esta corta lucha interior, tanto como los obstáculos materiales que preveía en una pasión que la ligase al novelista, fueron causa de las vacilaciones, de aquella serie de alternativas de ternura y desamor que tanto acongojaron á Villaescusa.

Proseguía la charla en el cuartito perfumado. Hablaron de libros, de modas, de teatros, sintiendo ambos que aquella conversación les estrechaba, les acercaba; embriagándose en el vaivén de las ideas de un cerebro á otro cerebro; en la música de las palabras, de una armonía tan dulce en el tenue claror que iluminaba la habitación, filtrándose á través de los vaporosos cortinajes blancos.

Una doméstica entreabrió la puerta.

—Niña—dijo—, la señora llama.

María Luisa hizo un gesto de enojo.

—Voy allá.

Luego, sonriente, hubo de añadir, dirigiéndose al artista:

—Vamos, le dejaré... A ratos, he de colaborar con usted en esa diablo de obra. Adiós.

Y desapareció, dejando en el alma y en los ojos de Mauricio un deslumbramiento.

A partir de entonces, absorbióse en aquella intimidad para él tan grata y por tanto tiempo suspirada. Hasta el invierno parecía poner una nota suave, una pincelada de oro, del oro de sus hojas mustias y de sus crepúsculos, en los disfrazados amores del poeta. Vivía éste una vida complicada, llena de sutiles sensaciones; era la suya una borrachera de ideal y de pasión. Complacíase

en considerar á María Luisa, engañándose á sí mismo, como su amada; procuraba siempre atraerla, retenerla en el pequeño estudio con cualquier pretexto; encauzar las charlas por la senda amorosa; sentir el roce de sus manos blancas al revolver las cuartillas, al levantar una cortina, al acercarse un sillón á la mesa. Y cuando ella, con un gesto de moza libre y dueña de su voluntad, desoyendo los llamamientos que la hacían del interior de la casa, sentábase frente de él, con los codos clavados en la mesa y los largos dedos hundidos en el rizoso pelo castaño claro, en una actitud de niña mimada, los ojos del poeta deteníanse á mirarla con fruición deleitosa, desde la frente un tanto deprimida bajo las ondas del cabello; desde las largas pestañas que daban á las pupilas una sombra de reposo, de adormecimiento, hasta el cuello, cuyas alburas se disimulaban tras de la gruesa tela que le cubría, y los senos erectos, pequeñitos, que tímidamente insinuábanse en razón de lo apretado del talle. María Luisa no sólo despertaba en él cierta espiritualidad á causa de la finura de su trato y de su cultismo un tanto artificial, sino una sed imperiosa, insaciable sed de voluptuosidad. Sentía, á la par que la emoción estética, una suerte de carnal idealismo al contemplarla.

Ella, sin duda, dábale cuenta de esta comedia amorosa. Le sonreía y gustaba de serle agradable: habíase trabado una especie de complicidad para la realización de un fin que apenas se esbozaba en el alma de entrambos. Una mañana, Mauricio la encontró vestida de negro, y extasiado al ver que semejante color la sentaba admirablemente, haciendo resaltar la nitidez de su cutis y el tinte de oro viejo de sus cabellos, no la escatimó alabanzas. Lo cual bastó para que la joven se enlutara con frecuencia. Otra, habiendo el poeta rememorado los días no distantes en que ella ejecutaba con frecuencia música de Schumann, quedóse asombrado, dulcemente sorprendido al escuchar por la tarde, en la semiluz del anochecer que invadía la pieza, las raras melodías del *Carnaval*. Parecían venir como de muy lejos; eran á modo de discreto ingenio de enamorados, en la sombra de un bosque, bajo la luna. Y Mauricio estuvo evocándola, sin-

tiéndola palpar en el zigzagueo de aquellos temas, viéndola junto á sí, forjándose la ilusión de que le decía cosas muy buenas y muy bellas en voz baja...

Don Luis le invitaba en ocasiones á comer. Hallábase el viejo complacido de «su obra», de la cual estuvieron listos seis capítulos en el término harto escaso de un mes. Y era de verle prodigándole calificativos afectuosos, bromeando, haciendo recuerdos del doctor Villascusa, su grande amigo. Alguna vez aludió á la tía Victorina, muy anciana á esas fechas, que vivía entregada al más completo misticismo. Pero al observar el gesto de indiferencia que se pintara en el semblante de Mauricio, callaba, afirmando que éste hacía perfectamente en no visitarla, ya que imposible era entenderse con gente retrógrada.

No escatimaba tampoco los elogios al joven doña Luciana. Lentamente, hubo de dejarse conquistar. Su faz amarillenta, como de marfil antiguo, coloreábase cuando Mauricio solía halagarla con finas zalamerías. Recluida en la lujosa mansión, enferma casi siempre del reuma, permanecía largas horas tras de los cristales de su alcoba, mirando á la calle. Y no era extraño que el mozo, después del trabajo y antes de marcharse á la redacción, fuese á solazarla con sabrosas pláticas, en las cuales no faltaban adjetivos de compasión para sus graves dolencias. ¡Por fin había encontrado la distinguida dama quien se preocupara de sus males! Y ella estaba tanto más reconocida á las deliciosas finuras del poeta, cuanto que el burdo de su marido, habituado ya á ellos, ni siquiera paraba mientes, y María Luisa contentábase con interrogarla á ese propósito de vez en cuando.

Villaescusa se propuso prodigarla las mismas atenciones que á su hija. Si á ésta llevaba flores, nunca faltó una baratija bonita comprada al paso, para ofrecerla á la otra. En la mesa, cualquiera diría que se olvidaba de la joven por ser galante con doña Luciana; á tal punto, que bien pronto consiguió domeñar la altivez, el carácter seco de la gran señora, y ser para ella algo como de la familia.

El director le sonreía, con sonrisa protectora, diciéndole con amigable y no acostumbrado tuteo:

—¡Tienes ángel, qué caray! Mira que para ser agradable á mi mujer...

Intimidación semejante no pasó inadvertida para los amigos de casa. Enrique Goytia le felicitó una noche, al salir del teatro; Lupe Villaseñor, la linda viuda, mirábale de reojo; Fanny y Enriqueta secreteábanse cuando él y María Luisa se encontraban juntos, y hasta la señora de Aréchiga fruncía el ceño al percatarse de la buena suerte de «aquel intruso».

Villaescusa presentía el éxito; más aún, dábale ya por feliz, como si cada una de las miradas de María Luisa, cada uno de sus ademanes, cada uno de sus gestos, fuera dulce promesa. Lanzado al fin por la pendiente, extraño casi al pasado y á los dolores que en derredor se agitasen, no desperdiciaba sus energías en estériles luchas consigo mismo ni con su querida—como él, para sus adentros, y con el propósito de justificar su proceder, ahora la llamaba—, sino antes por el contrario, habíase propuesto consagrarlas á la realización del nuevo ideal. Sensitivo por excelencia, era naturalmente voluble. Las diversas etapas de su vida podían sintetizarse en pasiones. Fué la primera el grande, el desesperado anhelo de libertad que estalló en su alma de adolescente, en represalias de su infancia casi monástica, de su niñez sacrificada á la monomanía devota de su parienta y á la indiferencia mundana de su padre. Había constituido la segunda aquel idilio, en que el amor fervoroso por la muchacha que encontrara al acaso, y adorase en el instante de emoción de la primera caricia, enlazábase con una sincera aspiración de arte; como si el amor juvenil, sano, fresco, de la musa, hubiera fermentado su cerebro, que siempre se inclinó á la pereza, pero que no era insensible al germinal cuando una mano amorosa y blanca dejaba caer la simiente. Y era la última esta nueva pasión, mezcla de amor más artificial que sincero, despertado merced á prestigios femeninos por él hasta entonces no vistos en su existencia bohemia, de apetitos mundanos que en su ánimo infun-

día el éxito, y de una ambición terrible de subir, de subir muy alto, de tomar revancha de la bancarrota social de su familia, de ser lo que debía ser por su abuelo y su talento.

Pisó el alcázar del oro. Y su corazón, ebrio antaño de belleza, de amor, del amor libre y sin disfraz de los veinte años, hubo de sufrir al contagio irremediable. El mismo creía escribir el último capítulo de su loca juventud. Entraba en la vida, en la verdadera vida predicada por la religión, por las leyes, por los maduros criterios.

A mediados de Enero, un incidente vino á espolear sus afanes de triunfo en la nueva senda que se trazara. La tía Victorina había legado en vida sus bienes al clero, y se marchaba á Europa, donde profesaría en un convento. Mauricio pensó en aquella fortuna, que podría haber sido suya, con alguna tristeza. Sintióse despojado, y como despojado, con mayores arrestos para la lucha. De entonces en adelante no vió tan sólo en María Luisa á la amada: era también el porvenir.

Un amigo suyo habíale comunicado la infausta nueva por la mañana, y todo ese día lo pasó en medio de torturadoras reflexiones. Al atardecer, María Luisa fué al estudio. Lucía un traje de calle, de color plomo; las plumas arriscadas del sombrero dábanla graciosa apariencia caballeresca; la nitidez de su cuello fundíase en la del boá de armiño. Risueña, con desembarazo, puso la enguantada mano en el hombro del poeta, el cual se hallaba de codos sobre la mesa.

—Hace una linda tarde. ¿Quiere usted venir con nosotras al Bosque?

Mauricio pretendió excusarse. Ella hubo de amenazarle con el índice; le miró. Rendido, cogió sombrero y bastón, en tanto que la señorita gritaba allá afuera:

—Mamá, ¿estás lista?...

En el poniente desleíanse las tintas del crepúsculo, de amarillo y lila. Ráfagas de sol, avanzando con lentitud, desparramaban un lívido claror rosa en el cielo. Era uno de esos vagos crepúsculos de pleno invierno, tan gratos al temperamento de Villaescusa, propicio al en-

sueño. El carruaje se deslizaba blandamente por mitad del paseo de la Reforma, cruzándose á cada momento con los que volvían, formando parte de la avalancha de vehículos en que los aristócratas pasean sus tedios, su hermosura las damas y cocotas, y el empleadillo la alegría de un día de decena en la caja descolorida de un simón. Eran las mismas caras que se inclinaban adustas ó sonrientes; el mismo tiroteo de saludos cambiados en el eterno vaivén. Junto á las aceras, árboles raquíuticos mostraban su desnudez invernal. En los jardines, los niños jugaban á saltar la cuerda. Quebrábase los rayos solares en los ventanales de palacetes suntuosos. Más allá, en el café Colón, abigarrada multitud sentábase en torno de la mesa, en tanto que un cuarteto, en el diminuto kiosco, preludiaba un vals lento, gris, suavemente melancólico... Destacándose del cielo, surgió luego la silueta heroica de Cuauthemoc, el brazo en alto, pronto á lanzar el dardo, altivo el rostro coronado de plumas, como si en un arrebató de ira amenazase á la ciudad, á la ciudad colonial, extendida allá á lo lejos. Después, en la cúspide de la colina, dominando el bosque, apareció el castillo. Mirándole Villaescusa, en seguida de haber mirado á su dueña, resucitaba en su imaginación legendarios tiempos.

El carruaje penetró despacio en la calzada circular. Ahí los vehículos marchaban en orden, bajo la vigilancia del guarda de verde uniforme y acerado casco, que, caballero en alazán de relucientes ancas, permanecía inmóvil á la entrada del paseo. Bordeando las orillas de éste, transitaban lentamente. Escuchábase el rumor acompasado de las ruedas, el tascar de los frenos, el leve chasquido de las fustas. Aureos fulgores herían la brillantez de las cajas, límpidas y pulidas como espejos; los lacayos manteníanse erguidos sobre los pescantes, llevando con solemnidad las ajustadas libreas. Y en aquel mare mágnun descubriábase á veces una linda cabecita rubia que se reclinaba sobre cojines; una cabellera blanca aureolando la frente noble de encopetada dama, perdida casi en la semiobscuridad del interior del cupé.

María Luisa y su madre no cesaban de contestar

saludos. Pasaron delante Enriqueta y Fanny Marín, en una victoria; Gastón Riera, un tanto amoscado con la familia Zayas, cruzó como exhalación, al trote largo de su corcel inglés; Enrique Goytia las dirigió frases amistosas desde lo alto del *mail-coach*, en donde iba en alegre charla con solterones de su estirpe. Sólo faltaba la viudita, que no tardó en apareer, en un *buggy*, guiando medianejo tronco; y las Aréchigas, que muy luego hubieron de columbrar á pie: la señora, gorda, monumental, enfundada en un largo abrigo lleno de adornos, y sus dos retoños, las mocitas débiles, anémicas, viendo codiciosas el mundano carnaval. Villaescusa miraba el paisaje. En las arboledas, en los prados, sobre la colina entrevista á ratos á través de la red de troncos y de ramas, sucedíanse los tonos del amarillo, desde el amarillo tierno, blancuzco, del césped, hasta el rojizo de los abuehuetes. Y más allá, dejando caer una lluvia de oro sobre el dorado bosque, el sol se recostaba en el ocaso.

—¿Verdad, Mauricio, que son hermosos estos paisajes de invierno?—decía María Luisa, percatándose de la contemplación obstinada del poeta.

—Sí, hija, sí; ya lo creo que á ustedes ha de parecerles encantador—contestaba doña Luciana, arropándose en la nube de telas que la cubría—. Y á mí me gusta también. Sólo que hace un frío...

—Pero, mamá...

—¡Vaya que es curioso el empeño que tienes de que yo sienta calor! ¡Ay! el egoísmo de la juventud, que no comprende los dolores de los viejos...

Mauricio, creyéndose interpelado, aprobó con elocuentes frases las afirmaciones de la señora.

Y callaron.

Cuando al tardo paso del vehículo tuvieron á la vista el lago, cuyas aguas opalinas surcaban los botecillos tripulados por alegres mozos, María Luisa manifestó deseos de bajar. Sentía las piernas entumecidas y un vago capricho de hollar la arena de las sombreadas callejas que se perdían en la espesura. La señora de Zayas góse á seguirla.

—Vayan ustedes. Les esperaré aquí...

Villaescusa no vaciló. De un salto se puso en tierra, dando luego la mano á la chica para que descendiese. Un instante después, ambos, cogidos del brazo, desaparecían.

Desnudos unos, revestidos aún los otros de hojas de color de ámbar, entretejían los árboles amarillentos bóveda sobre aquella apacible, sobre aquella solitaria calzada. Mirándola estrecha, escondida, con el paisaje del lago á la izquierda y á la diestra los mustios prados, comprendíase que hubiera sido dedicada á los poetas. Perdiéndose á lo lejos, allá donde lívido fulgor parpadeaba, era como un agujero inmenso practicado en la selva virgen. Estrías luminosas se colaban por entre los troncos; una claridad rojiza incendiaba lo alto de las ramas.

Y los dos iban paso á paso, saboreando la dulzura del atardecer. María Luisa, que al principio se mostrase dicharera, hubo de sentirse influida por la melancolía del poeta y guardó silencio. De vez en cuando se cruzaban con algún transeunte. Ya era un caballero que marchaba erguido, haciendo molinetes con el bastón, ó los bebés rubios que corrían seguidos de las niñeras. Más allá, en un banco, un chico leía atento sin despegar los ojos del libro. Las pisadas de ellos sobre la arena, distrajerónle; alzó la frente y les miró, tornando luego á su lectura. Era un artista sin duda. Así lo expresó Mauricio, adivinándose, más en lo que callaba que en lo que decía, su morriña al recordar los tiempos que aquel solitario evocase.

—¿Es que usted siente haber triunfado ya?—preguntó María Luisa.

—Triunfado, no. Lo que lamento, lo que me hace pensar con amargura en mi vida, es que el arte no es ahora mi única preocupación, lo único que antes me consumía...

Ella se puso seria, como si presintiera algo de lo que esperase de días atrás. Luego, sonriendo, interrogó:

—¿Por qué?

Mauricio, como embebido en su pensamiento, detúvose y dijo mirándola:

—Por algo que usted sabe, sin que yo se lo haya dicho jamás.

La joven no respondió. Una oleada de rubor teñía su faz, momentos antes risueña. Y fué tal su confusión, que el pañuelo de fina batista que conservara en las manos, cayó al suelo. El mozo se inclinó para recogerlo. Cuando le tuvo consigo, murmuró, casi al oído de ella, suplicante:

—¿Me permite usted guardarlo, María Luisa?

La muchacha dijo que sí con los ojos.

Caminaban entonces á lo largo de un paseo sombreado por altos ahuehuetes, y maquinalmente sentáronse en el primer banco que se ofreció á su paso. Mauricio experimentaba un invencible deseo de hablar, de confesarlo todo; nervioso temblor sacudía su cuerpo, y en su rostro advertíase cierta contracción febril. Pero no se atrevía. Ocultóse el sol, dejando tan sólo en el bosque una radiación luminosa sobre los árboles; charlaron poco y de cosas diversas.

—Vámonos; es tarde ya...

Al ver que se ponía en pie, el deseo de Mauricio se tornó imperioso, brusco; quiso en aquel momento cogerla las manos y decirle todo lo que ella para él significaba de meses atrás. Pero reprimiéndose, nada más que una frase, una frase balbuceante de ruego salió de su boca:

—¿Por qué, María Luisa? ¿Por qué irnos si se está aquí tan bien?

Bajó ella los ojos, permaneciendo inmóvil en un extremo del banco. Una racha de viento arremolinó las hojas secas en el prado cercano. Muy lejos, entre los árboles, escucharon los acordes de la banda militar que tocaba la última pieza. A la luz gris de la tarde, Villaescusa vió la mano blanca, delicada de ella, que se abandonaba sobre las rodillas, y cogiéndola, arrodillado casi, murmuró en voz baja, no encontrando otras que las eternas palabras para exteriorizar su sentimiento:

—Yo la adoro á usted, María Luisa...

En sus pupilas, tras de las pestañas negrísimas, el novelista creyó adivinar una mirada lánguida; leve sonrojo coloreó sus mejillas; los lóbulos de las orejas minúsculas, que asomaban bajo de la mata de oro del

pelo, se acarminaron; sus labios, apenas entreabiertos, dejaban pasar un hálito entrecortado... No separó la mano. Fué aquel un instante en que Mauricio paladeó el triunfo. La visión de sus amores se le aparecía real, tangible, en la personita frívola de aquella chica que le sonreía. Y habló, en voz baja, conmovido, como si rezara y en su oración fervorosa pusiera todo su devoto cariño, toda su afección intensa hacia la imagen.

—María Luisa... Yo la amo á usted... La adoro... La adoro con toda mi alma... Usted no adivina mi calvario, el calvario que he sufrido para llegar hasta usted... Yo la amo, María Luisa...

Y repetía su nombre, embelesado; saboreando inconsciente el ritmo; hartándose de pronunciarle en voz alta delante de ella en el silencio amoroso; resarciéndose de su mutismo; recordando que muchas veces, en las calles, en su estudio, en su alcoba, junto á la amante que dormía con respirar apacible, lo musitó, ebrio de amor y de esperanza.

La joven, entretanto, no respondía palabra. Escuchábase con el rostro inclinado, alzando en ocasiones hasta él los ojos, como si experimentase singular encanto al ver aquel apasionamiento de poeta, ella, que en su vida amorosa no oyese otras frases que las banales de los señoríticos de su clase. Mas era de noche ya. Impalpable niebla gris iba envolviendo el bosque. Dijérase que surgía de entre los troncos, de los rincones de selva, de las aguas que corrían murmuradoras al borde de los prados; mientras que allá, en el poniente, del cual se destacaba el granero rojizo de Molino del Rey, un brochazo de luz violácea difuminábase en el cielo.

En el alma del mozo nació la sospecha; el temor le estremecía al observar tan inesperado silencio.

—Respóndame usted algo, María Luisa—murmuró oprimiendo la manecita blanca que entre las suyas guardaba—. Dígame usted una palabra siquiera...

Irguióse ella mirándole con asombro, como si volviese de un sueño. Villaescusa sintió una contracción de su mano, que se retiraba. Crujió la arena al extremo del paseo, y la silueta de alguien dibujóse vagamente.

María Luisa se levantó de súbito y echó á andar. Villaescusa, aplastado ante el abandono brutal, inexplicable, hubo de seguirla. Iba á sus alcances, interrogando ansioso. Al ver que no obtenía respuesta, cuando se puso á su lado permaneció cabizbajo, vencido por su orgullo, experimentando odio hacia ella. En lo alto del castillo los focos eléctricos irradiaron, esparciendo en torno un fulgor argentado. Entre la espesura, luces blancas rasgaban la semiobscuridad gris, y el canturreo monótono de los grillos llenaba de melancolía el silencio. Cuando estuvieron cerca del paseo exterior y vió Mauricio la fila de vehículos con las linternas encendidas, semejante á una enorme serpiente de oro que rodeara el bosque, se detuvo angustiado, estrechó el brazo de la doncella, y la dijo:

—¿Hemos de separarnos así, María Luisa? Yo no soportaría una hora más de duda. Desengáñeme ó quiérame.

—No, no hablemos de estas cosas; se lo ruego...

Nada más. Un temblor imperceptible agitaba su voz; y aquella frase, que en los oídos de Villaescusa sonó seca, estridente, como estallido de fusta, heló su ánimo.

Doña Luciana esperábales en el coche, furiosa. Descargó las maternas iras sobre su hija, y apenas si le dirigió la palabra á él. Emprendieron el retorno á lo largo del paseo de la Reforma, adormilados por el suave rodar, bajo los árboles, que se erguían escuetos, envueltos en claridad. María Luisa, pensativa, muda, habíase acurrucado en un rincón del asiento. Doña Luciana la examinaba de reojo. Y Mauricio sentía que tibio vapor de lágrimas anublaba sus pupilas. Ya no experimentaba odio, ni amor, ni despecho: hallábase dolorido, quebrantado, absorto en una desoladora tristeza.

Quando pasaron frente al café Colón, ejecutábase en el kiosco una fantasía de *Bohemia*. Y la tristeza de Villaescusa se hizo más intensa aún al evocar en aquellas notas que arrebatava el aire frío de la noche todo un mundo de recuerdos, una vida de amor y de ensueño, de la cual no subsistía otra cosa que la carita enflaquecida y enferma de la musa olvidada allá en el campo...